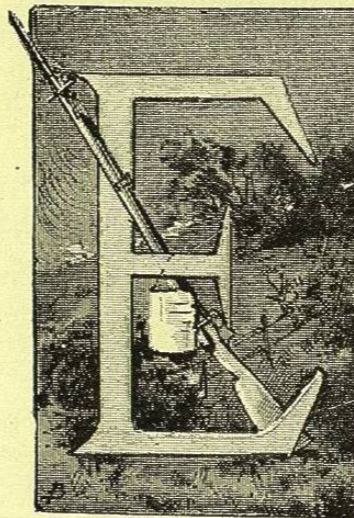


MARCHA NOCTURNA



RA una noche sin luna y sin estrellas, sumamente húmeda y tan densa la oscuridad que no se veía á cuatro pasos de distancia; y con hallarnos sólo en los primeros días de Octubre, caía un relente y soplaban un airecillo que más bien parecían de mediados de otoño, y con todo y sentirse apenas, azotaban el rostro, introducíanse debajo del uniforme y helaban el cuerpo.

Iban á dar las nueve; el regimiento había levantado las tiendas, y formado y con las armas en descanso, esperábamos la orden de marcha. Los soldados, que hacía un momento acababan de despertar de un sueño breve, que bastó á duras penas para reanimar sus menguadas fuerzas, permanecían en sus puestos medio encogidos, encorvados, soñolientos y ateridos, llevando pintados en sus rostros el descontento y la contrariedad, con las manos en los bolsillos y los fusiles abandonados en el brazo. En lugar de la charla animada y rumorosa, sólo se percibía un sordo murmullo que nada tenía de alegre ni placentero.

La oscuridad era tan densa, que contemplando el campa-

mento desde la carretera, sólo lograba distinguirse como una luenga linterna determinada por las linternas armadas en el extremo de los fusiles, cada una de las cuales iluminaba con mortecino fulgor cuatro ó cinco rostros desmayados y soñolientos. Á lo lejos en uno de los extremos del campamento, más allá del ala izquierda del regimiento, movíanse en reducido espacio numerosas lucecillas, merced á cuyos rayos vagos é indecisos se vislumbraban numerosas personas que con variados trajes se movían sin cesar en derredor de los carros y de las cajas de los cantineros. Acá y acullá, en toda la extensión del campamento, lanzaban de cuando en cuando algunas tenues llamaradas las casi extinguidas hogueras, que á fin de quitarse la humedad de encima habían hecho los soldados con la paja sobre la cual durmieran en el interior de las tiendas. Todo lo demás era negro y oscuro como boca de lobo.

De pronto hiende el aire un prolongado redoble de tambores: después profundo silencio. Las compañías cambian sucesivamente de lugar haciendo variación derecha, muévense las primeras filas, y el regimiento se pone en marcha. Atravesando un puentecillo echado sobre el foso que separa el campamento del camino sale á éste, y ya en él las filas se juntan, agrúpanse las luces, que unas veces adelantan, otras retroceden, siguiendo el vaivén de la muchedumbre, y luego marchan dos á dos, y van extendiéndose en doble fila por ambos lados del camino, y poquito á poco se confunden á lo lejos en dos líneas luminosas ondulantes y sinuosas, parecidas á dos inmensas cintas de fuego, que se agitan de uno á otro extremo de la columna.

Y se camina: y durante un rato se percibe un confuso rumor de palabras que va muriendo poco á poco, poco á poco, para dar lugar á un silencio profundo, sólo interrumpido por la áspera voz de algún oficial, que dice: — Orden en las filas, — cada vez que, mirando con ojo soñoliento á aquellos soldados sobre los cuales difunden mayor claridad

las luces de las linternas, puede observar que se alargan ó se estrechan las distancias. Los demás permanecen silenciosos. Únicamente se oye el rumor acompasado y cadencioso de las pisadas, y el monótono sonar de las fiambreras, y los vasos de hojalata que marcan el ritmo de los que caminan entre la oscuridad.

Al paso que va difundiéndose el silencio, va difundiéndose el sueño, el terrible y espantoso compañero de las marchas nocturnas. ¡Desgraciado del que se siente por él acometido! No existe descanso, ni conversación amistosa, ni licor reconstituyente, ni esfuerzo de voluntad que á él pueda hacerse superior: es menester haberlo experimentado.

Fijaos en aquel oficial que marcha por el centro de la vía. Hace una hora que está luchando con el sueño; pero al presente se le cierran los párpados trémulos y graves, sin que sean parte á evitarlo los poderosos esfuerzos que está haciendo para resistir á la acometida; y al par se le doblan las rodillas, y vuelve á caerle sobre el pecho la cabeza que logró levantar tras esfuerzo poderosísimo, y los brazos le caen inertes á uno y otro lado del cuerpo. Poco á poco va nublándosele la inteligencia y las imágenes se mezclan y confunden en su mente transformándose una en otra del modo más bizarro y singular. Ante su mirada velada por el sueño, vacilan y bambolean confusamente los soldados que marchan delante de él, ó á sus flancos; y las casas y los árboles de uno y otro lado del camino, cuyos negros contornos á duras penas se perciben, ofrécese con aspectos extraños, deformes y antipáticos. Ocasiones hay en que ve aún ante sus ojos la monótona línea de una pared de cerca que ha dejado hace largo rato á su espalda, ó que le parece distinguir un caserío ó un espeso grupo de árboles donde nada de esto existe. Otras veces surge de improviso delante de él, precisamente en medio de la vía, ante sus mismos pasos, un obstáculo insuperable, una cosa negra que no puede imaginar lo que sea; pero que

la ve, la toca, la siente, contra la cual va á chocar, y se detiene, y extiende el brazo para tentarla, y lo mueve... y nada, no hay nada. Treinta, cuarenta, cien pasos y vuelve á dormir. Y esta vez sueña, sueña sí, y le parece que camina solo, sin saber cómo ni adónde; ó que se encuentra en un sitio completamente distinto de aquel en que realmente se halla; pero muy lejos, tal vez en su casa, en medio de los suyos, y que es de día... De pronto hiere sus oídos el rumor de los pasos de los que caminan cerca de él, oye distinto y claro como antes el sonoro y acompasado golpear de las fiambreras, despierta, mira en derredor, procura vencer el sueño, bosteza, hace por andar con más decisión, y, al cabo de poco, vuelta á empezar.

Con la barba clavada en el pecho, la mano derecha en el bolsillo y la izquierda sobre la empuñadura de la espada, abandonado á su propio peso, con pasos desiguales, vacilando, haciendo eses, tres pasos hacia un lado, cuatro hacia otro, cinco, seis, de pronto una costalada contra la mochila de un soldado. Despierta, se desvela, mira un momento con ojos extraviados al soldado contra el cual chocó, se reanima, se avergüenza, mueve la cabeza en ademán de sentir compasión de sí mismo, y luego emprende de nuevo el camino con paso franco y decidido... Al cabo de haber dado doscientos pasos, vuelta de nuevo á empezar. Dase un encontrón con una persona que caminaba delante; abre los ojos, mira: — Dispense usted, capitán. — No hay de qué. Nada tiene esto de particular.

Se te acerca un compañero. Durante un rato camináis el uno al lado del otro sin daros cuenta de ello. Después: — ¿Estás aquí? — Por toda contestación un gruñido. — ¿Tienes sueño? — Un poco. — Dame el brazo. — Y os cogéis el uno del otro, hombro con hombro, flanco con flanco, y adelante lo mejor que se puede, y costalazos, y tropezones y sacudidas. Ocho, diez, veinte pasos y el sueño vuelve á vencerlos y vuel-

tras pesadas cabezas se inclinan y se encuentran, y se entrechocan... — Despierta, hombre. — ¡Vaya una cabezada!

Y en derredor todo es silencio, y profunda oscuridad, y siempre las dos largas hileras de lucecillas que vacilan y se mueven ondulantes á uno y otro lado del camino, y siempre el mismo rumor sonoro y acompasado de las huecas fiambreras.

De pronto, en medio de las filas, se percibe una voz: — ¡Alza esa luz! — Es el soldado portador de la linterna que, acometido del sueño, había bajado el brazo y dejaba caer el fusil sobre la cabeza del que le seguía inmediatamente. Despierta, dobla el brazo y levanta la luz.

Algunos pasos más, y rompe el silencio un sonoro y prolongado bostezo que parece un rebuzno. Dos ó tres voces le responden á modo de fisga, después una carcajada y otra vez el silencio.



Unos pocos pasos más, y rompe la quietud una voz desatemplada que va á entonar una canción. Un conjunto de aullidos en señal de protesta y desaprobación sale de las filas. — Que se calle. — Guárdalo para mejor ocasión. — Duerme, hombre, duerme. — Y el mal aconsejado cantor guarda en el pecho el resto de la canción.

Veinte pasos más y se percibe un grito agudo seguido de una sarta descomunal de blasfemias y juramentos. — ¿Qué hay? — ¿Qué ha sido? — Un soldado vencido por el sueño que ha dado un tropezón de padre y muy señor mío contra un guardarruedas, y con estar la noche oscura ha visto cuantas

estrellas hay en el cielo.—Y muy cerca de él se oye:—¡Abre el ojo, hombre!—Apostaría que anda con los ojos cerrados.—Guárdate lo que has encontrado.

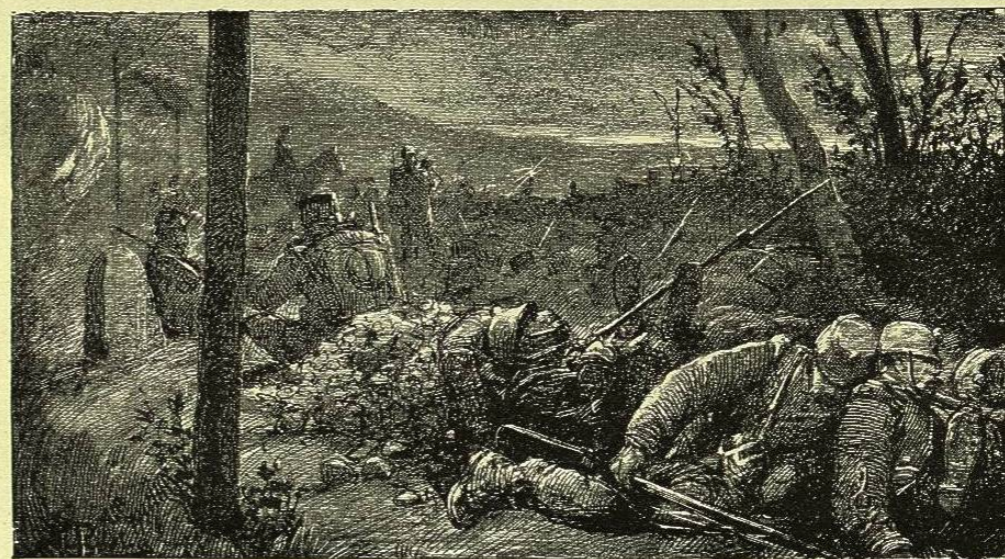
Al cabo de un rato suena una gran carcajada hacia la cola de la compañía, seguida de un grito prolongado y burión.—¿Qué ha sucedido?—¿Qué pasa?—¿Quién es?—Un pobre diablo que caminaba junto á la orilla, soñoliento y dando traspiés, y cuando menos lo pensaba ha rodado hasta lo más profundo de la cuneta.—¿Es muy honda?—¡Quién sabe! Como que no se ve gota.—Veamos.—¡Ánimo, muchacho, (un oficial) arriba. ¿Qué haces ahí? Ya se levantará. Y tú, á ver si sostienes algo más alta esa linterna.

Y silencio, y adelante, y siempre oscuro, y siempre aquel airecillo helado, agudo, penetrante que azota el rostro y entumece los miembros como si nos halláramos en mitad del invierno.

—¡Vaya un sueño! ¿Qué hora debe ser? ¿Las diez acaso? ¡Tal vez más tarde ya! ¡Qué noche esta! ¡No se ve pizca! Oye, tú, ¿cuánto tiempo hace que caminamos?... Dí, hombre, ¿cuánto tiempo te parece? Está durmiendo: no oye nada. Me se figura que á lo mejor tropieza y se rompe el bautismo... ¡También yo tengo sueño! ¡Qué tormento no poder dormir! ¡Ya hace mucho tiempo que andamos! ¡También es fuerte cosa esta oscuridad! ¡Siquiera pudiese uno dormir de pie como las grullas!... ¡Qué sueño, Dios mío, qué sueño!... ¡qué sueño!... y la noche oscura... oscura... y el viento... dormir...

Un momento más y se precipitará en la zanja. Un punto de corneta. Alto. Rompan filas. Todos al suelo como cuerpos sin vida. Se cae donde se cae, sobre las piedras, sobre los abrojos, sobre el lodo, donde uno se encuentra, en cualquier parte, todo es cómodo, todo limpio, todo blando, todo delicioso. Allí, sobre un montón de piedras á un lado del camino, hase tendido de pronto y á la vez una cuarta de compañía, uno encima de otro, atravesado éste con

aquél, con el fusil debajo de la espalda, con la cabeza descansando encima de la bota de un compañero, uno de los pies del cabo de escuadra junto á la mejilla, la mochila de otro contra uno de sus lados, la mano, acaso, entre la hierba, dentro de algo sospechoso... pero ¿qué importa? La voluptuosidad del sueño es tan grata, tan dulce, tan poderosa, que en nada más puede pensarse que en gozarla completa abandonándose á ella en cuerpo y alma. ¡Oh, la dulzura de un largo y atormentador deseo, apagado al cabo! Insinúase



y se apodera de todos los miembros una sensación de placer lánguido, un decaimiento grato y suave... ¡Qué delicia! Durmamos.

¡Si bañara por un momento la luz de la luna, aquel espacio de la lengua carretera, qué cuadro más bizarro se ofrecería á la vista! Es algo así como un montón de cadáveres arrojados allí sin orden ni concierto: unos tendidos boca arriba, otros boca abajo, otros encogidos, otros agachados, y aquí y allá y acullá y por todas partes, brazos, y piernas, y fusiles asomando por entre las piernas y los brazos de unos y de otros; una mezcla, una confusión y un revoltijo,